



sideró mero instrumento en manos de D. Fernando, el cual sólo le emplearía cuando pudiera ser útil á sus propósitos, menospreciando enteramente sus intereses ó conveniencia. Estas humillantes sospechas, juntamente con la arrogante conducta de su general, le apartaron disgustado de la prosecucion de su empresa, confirmandole más en su propósito de volver á España, para lo cual encontró conveniente excusa en el estado delicado de su salud, que no le permitía exponerse, sin grave riesgo, á los abrasadores calores del verano en Africa.

Antes de su partida, reuniendo en torno suyo á Navarro y sus oficiales, les dió muy buenos consejos acerca del modo de gobernar y defender sus nuevas adquisiciones, y puso á su disposición una gran provision de fondos y de pertrechos con que atender al mantenimiento del ejército por algunos meses. Despues de esto, el dia 22 de Mayo, se hizo á la vela para España, no con la pompa y ostentacion de un héroe que vuelve de sus conquistas, sino acompañado solamente de muy pocos criados y en una galera indefensa, demostrando, digámoslo así, en este hecho, los buenos resultados de su empresa, que hacia ahora tan segura la navegacion por aquellos mares, tan peligrosos poco hacia.

Espléndidos fueron los preparativos hechos en la Peninsula para recibirle, y se le invitó para que pasára á la córte, que se hallaba en Valladolid, para recibir público homenaje y el testimonio debido á sus servicios eminentes. La ambicion de Cisneros, sin embargo, era de muy noble especie para que pudiera dejarle deslumbrar por el falso brillo de una efímera popularidad; tenia, además, muy orgulloso carácter, para que en él cupiese la vanidad; y así es que, rehusando aceptar aquellas manifestaciones, se dirigió sin perder momento á su ciudad favorita de Alcalá. En ésta, tambien sus moradores, ansiosos de tributarle los honores merecidos, salieron armados á recibirle, y abrieron una brecha en las murallas para que pudiera hacer por ella su entrada, cual á un conquistador convenia; pero tambien rehusó el cardenal, prefiriendo entrar en la ciudad por el camino ordinario, sin que en su entrada hu-

biera de notable más que un pequeño tren de camellos, conducidos por esclavos africanos y cargados con alhajas de oro y plata de las mezquitas de Orán, y con una preciosa coleccion de manuscritos para la biblioteca de su naciente Universidad.

La misma modestia y sencillez mostró en su conducta y conversacion. Jamás hizo mencion alguna de las interesantes escenas en que tan glorioso papel desempeñára; y si alguno aludia á ellas, Cisneros hacia girar la conversacion sobre algun otro punto, especialmente sobre el estado de su Universidad, su disciplina y progresos literarios, cosas que, juntamente con su gran proyecto para la publicacion de su famosa Biblia Polyglota, parecia que absorbian ahora toda su atencion.

Su primer cuidado, sin embargo, fué visitar las familias de su diócesis, y dar consuelos y alivio, del modo más benévolo, á aquellos que sufrían la pérdida de alguno de los suyos, muerto ó ausente, en la campaña de Africa. Y no perdió un momento de vista en su académico retiro el gran objeto, que tan profundamente le interesára, de extender el imperio de la Cruz sobre aquellas regiones, porque de tiempo en tiempo remitía auxilios para la conservacion de Orán, y no perdió ocasion de estimular á su soberano á proseguir sus conquistas.

D. Fernando, sin embargo, conocia perfectamente la importancia de sus nuevas posesiones, para que necesitára de consejos semejantes; y así es que el conde Pedro Navarro se vió provisto de toda clase de auxilios, y especialmente reforzado con los veteranos formados á las órdenes del Gran Capitan.

Colocado de este modo en un campo de accion independiente, el general español no se descuidó en seguir adelante sus conquistas. Su primera empresa se dirigió contra Bujía, en 13 de Enero de 1510, á cuyo rey, que se presentó á la cabeza de un poderoso ejército, derrotó en dos batallas campales, apoderándose de su floreciente capital el 31 del mismo mes; y Argel, Túnez, Tremecen, y otras ciudades de la costa berberisca, se fueron sometiendo una en pos de otra, al poder de las armas españolas. Sus ha-



bitantes quedaron por vasallos del Rey Católico, obligándose á pagar á éste los tributos que acostumbraban satisfacer á sus príncipes musulmanes, y á servirle en la guerra, con la singular adición, que tantas veces se encuentra en los tratados granadinos, de acompañarle en Córtes; y se obligaron, además, á poner en libertad á todos los cautivos cristianos que en sus dominios existieran. Los argelinos, sin embargo, tuvieron buen cuidado de indemnizarse del cumplimiento de esta última condicion, haciendo pagar los rescates á los judíos residentes en la ciudad: para los desventurados israelitas era cosa de poco momento que triunfase el musulman ó el cristiano, porque, de seguro, ellos siempre habian de quedar saqueados.

A 26 de Julio de 1510, la antigua ciudad de Trípoli, despues de una terrible y desesperada defensa, se entregó al victorioso general, cuyo nombre era ya el espanto de todas las costas septentrionales de Africa. En el siguiente mes, sin embargo, el dia 28 de Agosto, sufrió un considerable descalabro en la isla de los Gelves, en donde perdió cuatro mil hombres, muertos ó prisioneros; y este golpe, deteniendo la brillante carrera del conde Navarro, puso término á los progresos de las armas castellanas en Africa en los tiempos de D. Fernando.

Los resultados conseguidos eran ya, sin embargo, de muy grande importancia, ya se considere el valor de las ciudades conquistadas, que eran los mercados más opulentos de la costa berberisca, ya la seguridad que se dió al comercio, limpiando el Mediterráneo de las pestilentes hordas de piratas que por tanto tiempo le habian infestado. La mayor parte de las nuevas conquistas las perdió la corona de España en tiempos posteriores, por la imbecilidad ó indolencia de los sucesores de D. Fernando; pero las de Cisneros quedaron en tan buen estado de defensa, que resistieron todos los esfuerzos que para recobrarlas hiciera el enemigo, y continuaron incorporadas de un modo permanente á la monarquía española.

El ilustre prelado, en el entretanto, se ocupaba asiduamente en su retiro de Alcalá de Henares, en velar por la prosperidad y rápido desarrollo de su naciente universidad, y como

esta institucion fué, por su misma naturaleza, tan interesante, y ejerció tan grande influencia sobre el progreso intelectual de la nacion, no puede pasarse en silencio en una historia del presente reinado.

Ya desde 1497 tenia Cisneros el pensamiento de fundar una universidad en la antigua ciudad de Alcalá, que, por la salubridad de los aires y lo templado y apacible de su situacion á las hermosas márgenes del Henares, parecia muy á propósito para el estudio y la meditacion académica; y llegó tan adelante en su proyecto, que un célebre arquitecto le formó por entónces los planos para sus edificios. El principio de la obra, sin embargo, se dilató por diferentes causas hasta el año 1500, en que el cardenal en persona puso la piedra angular del colegio principal, con ceremoniosa solemnidad, invocando las bendiciones del cielo sobre sus designios; pero desde entónces, en medio de los graves cuidados de la Iglesia y del Estado, no perdió un momento de vista este grande objeto, y cuando residia en Alcalá se le vió frecuentemente recorriendo el terreno con la regla en la mano, midiendo los edificios, y estimulando al trabajo á los obreros, por medio de oportunas recompensas.

Era, sin embargo, muy vasto su plan para que pudiera ejecutarse prontamente; porque además del colegio principal de San Ildefonso, así llamado en honor del santo patron de Toledo, debia haber otros nueve, juntamente con un hospital, para que en él se recogiesen los enfermos y ancianos pobres, encanecidos en el servicio de la universidad. Estos edificios se construyeron con toda solidez, y aquellas de sus partes que lo admitian, como bibliotecas, refectorios y capillas, fueron adornadas con elegancia y hasta con magnificencia. La ciudad de Alcalá recibió tambien muchas mejoras muy importantes y costosas, á fin de hacerla más digna de ser asiento de una universidad grande y floreciente: dióse salida á las aguas estancadas; se empedraron las calles, y demoliéndose muchos edificios viejos ó ruinosos, se abrieron nuevas y espaciadas comunicaciones.

Al cabo de ocho años, el cardenal tuvo la satisfaccion de ver completamente realizado su



vasto proyecto, y cada una de las partes de aquel espacioso conjunto, provista de cuanto era necesario para el bienestar y comodidad de los estudiantes. Noble empresa fué aquella, á la verdad, y mucho más si se considera que fué obra acabada por un particular; y como tal, excitó la más profunda admiración en Francisco I, cuando visitó la ciudad de Alcalá de Henares, pocos años después de la muerte del cardenal: «Vuestro Cisneros, dijo, ha ejecutado más de lo que yo me hubiera atrevido á imaginar; ha llevado él solo á cabo, lo que únicamente una serie de reyes ha podido hacer en Francia.»

No concluyeron, sin embargo, con la construcción de los edificios los trabajos del primado, el cual se dedicó ahora á disponer un plan de enseñanza y disciplina para su naciente seminario. Al efecto, buscó la luz donde quiera que se encontrara, tomando muchas cosas muy útiles de la venerable Universidad de París, y su sistema fué de lo más ilustrado, dirigiéndose á poner en acción todas las facultades del alumno, y á no dejarlo convertido en mero recipiente pasivo en manos de sus maestros. Además de las lecciones y conferencias diarias, se le hacía tomar parte en los exámenes y discusiones públicas, dispuestas de modo que pudiera poner en ella en evidencia su capacidad y conocimientos, y Cisneros tomaba el más vivo interés en estos certámenes, y muy frecuentemente excitaba una noble emulación entre los estudiantes, asistiendo á ellos en persona.

Dos de sus disposiciones son dignas de mencionarse, por caracterizar perfectamente á aquel hombre singular. La una de ellas era, que los honorarios de los profesores se arreglasen al número de sus discípulos; y la otra, que todo profesor sería reelegible cada cuatro años. Imposible era por este medio que los servidores de Cisneros se durmiesen en sus puestos.

Hicieronse también generosas fundaciones en favor de los estudiantes pobres, y especialmente de los de teología. Los estudios teológicos, ó más bien aquella serie de estudios que son propios y convenientes para la perfecta educación del sacerdote cristiano, fueron verdaderamente el principal objeto de aquella ins-

titución, porque hasta entonces el clero de España, como ya ántes queda dicho, ignoraba con mucha frecuencia hasta los primeros rudimentos de las letras. Pero en estos estudios preparatorios, la ilustrada inteligencia de Cisneros abrazó casi todos los ramos del saber que en otras universidades se enseñaban; y así, de las cuarenta y dos cátedras que estableció en la suya, sólo doce estaban destinadas á la teología y al derecho canónico, al paso que había catorce para la gramática, retórica y clásicos antiguos; estudios que, probablemente, fueron especialmente protegidos por el cardenal, por ser las únicas fuentes de la sana crítica para la interpretación de las Sagradas Escrituras.

Concluidas estas disposiciones, el cardenal buscó las personas más idóneas para que llevasen á cabo su pensamiento; y para esto se dirigió indistintamente, así á las naciones extranjeras como á la propia, pues era su ánimo demasiado elevado para que en él tuviesen cabida las preocupaciones locales, y conocía además perfectamente que el árbol de la ciencia se arraiga y fructifica en todas partes. Puso especial cuidado en que los sueldos fueran suficientes para hacer salir al talento de la oscuridad, y para atraerlo desde los puntos más lejanos en que pudiera encontrarse, y consiguió en esto cumplidamente su objeto, leyéndose en la lista de los profesores de la Universidad por aquél tiempo los nombres de los literatos más distinguidos en sus ramos respectivos, á muchos de los cuales podemos juzgar por los monumentos de erudición que dejaron y han llegado hasta nosotros.

En Julio de 1508, el cardenal recibió la placentera noticia de quedar la matrícula abierta para la admisión de alumnos, y en el siguiente mes se dió la primera lección pública, que fué sobre la *Ética* de Aristóteles. Inmediatamente acudieron los estudiantes á la nueva Universidad, atraídos por la reputación de sus profesores, por su grandioso aparato, por su completo sistema de enseñanza, y sobre todo por el liberal patrocinio y el elevado carácter de su fundador; y aunque nada sabemos de su número en vida de Cisneros, debió de ser considerable, puesto que cuando Francisco I visitó esta Uni-



versidad, unos veinte años después de su apertura, no bajaron de siete mil los estudiantes que salieron á recibirle.

Cinco años después de esto, en 1513, el rey D. Fernando estuvo en Alcalá, en un viaje que hizo para restablecer su salud quebrantada. Desde su vuelta de Orán, el cardenal, disgustado de la vida pública, había permanecido, con breves intervalos, en su diócesis, consagrado únicamente á sus deberes personales y á los de su cargo; pero ahora recibió á su soberano con orgullosa satisfacción, y le presentó el noble testimonio de los grandes objetos á que había estado dedicado en su retiro. El rey, cuyo espíritu investigador no podía disminuir la enfermedad, visitó todos los departamentos del establecimiento, y asistió á los exámenes, presenciando también con el interés más profundo los certámenes públicos de los estudiantes. Era D. Fernando de muy poca instrucción, y había conocido muchas veces el daño que su falta produce, para que no la apreciara en los demás: su buen juicio le hizo, además, distinguir muy pronto el inmenso beneficio que había de producir á su reino, y la gloria que habían de esparcir sobre su reinado los trabajos de su antiguo ministro, y le hizo, por lo tanto, amplia justicia, tributándole los mayores y más sinceros elogios.

En esta ocasión fué cuando el rector de San Ildefonso, cabeza de la universidad, salió á recibir al rey, precedido de su comitiva ordinaria de maceros. Cuando éstos se presentaron, la guardia del rey les dijo que dejaran sus insignias, porque ningún súbdito podía llevarlas en presencia de su soberano; pero D. Fernando, cuyo buen juicio le hizo conocer que no se degradaba la majestad por tributar su homenaje á las letras, replicó inmediatamente: «Nada de eso; que las dejen: esta es la morada de las musas, y en ella sólo deben reinar los que esten iniciados en sus misterios.»

En medio de sus urgentes ocupaciones, Cisneros halló tiempo para la ejecución de otra obra, que hubiera sido bastante por sí sola para hacer su nombre inmortal en la república de las letras. Fué ésta su famosa *Biblia Poliglota* ó *Complutense*, como vulgarmente se

la denomina, por el lugar donde se imprimió; y se ejecutó bajo el plan ideado primero por Orígenes, de presentar reunidas las Escrituras en sus diversas lenguas antiguas. Esta obra era de dificultad extraordinaria, y exigía conocimientos extensos y críticos de los manuscritos más antiguos, y por consiguientes más raros; si bien el carácter y posición del cardenal le daban para ello facilidad suma. La preciosa colección del Vaticano, fué puesta generosamente á su disposición, especialmente en tiempo de Leon X, cuyo noble espíritu se regocijó en aquella empresa: obtuvo también copias de cuanto se encontraba de algún mérito en las otras bibliotecas de Italia, y aun puede decirse que de la Europa entera; y España le suministró ejemplares del Antiguo Testamento, de tiempos muy remotos, que habían sido recogidos por los desterrados hijos de Israel. Podrá formarse alguna idea de los cuantiosos gastos que para todo esto se harían, con sólo referir el hecho de que se pagaron cuatro mil coronas de oro por siete manuscritos extranjeros, que ni aun llegaron á tiempo para poderse tener á la vista al hacer la compilación.

La composición de esta obra se confirió á nueve literatos muy versados en las lenguas antiguas, la mayor parte de los cuales habían dado pruebas de su saber en obras de muy sana crítica y erudición; y estos solían reunirse, después de los trabajos de cada día, con el fin de aclarar las dudas y dificultades con que en el discurso de sus investigaciones tropezaban, y para comparar los resultados de sus observaciones respectivas. Cisneros, que aunque de escasos conocimientos en lo general de la literatura, era un excelente crítico en materias bíblicas, presidía frecuentemente estas reuniones, y tomaba parte muy activa en las discusiones; y les decía también algunas veces: «No perdais tiempo, amigos míos, en la prosecución de nuestra gloriosa obra, no sea que por uno de los accidentes comunes de la vida, os veais privados de vuestro protector, ó yo tenga que lamentar la pérdida de vosotros, cuyos servicios son de mayor precio á mis ojos que todas las riquezas y honores de este mundo.»



Las dificultades de esta empresa se aumentaban todavía más por la imperfección de la imprenta, pues estando entónces el arte en su infancia, no había en España, ni tampoco en parte alguna de Europa, tipos de caracteres orientales. Cisneros, sin embargo, deseoso de que todo se hiciera á su vista, hizo venir artistas de Alemania, y se fabricaron caracteres de los diversos idiomas que se necesitaban, en las fundiciones que estableció en Alcalá.

Toda la obra completa ocupó seis tomos en folio: los cuatro primeros, consagrados al Antiguo Testamento; el quinto, al Nuevo, y el último á la insercion de un vocabulario hebreo y caldeo, y de otros trabajos elementales de singular ingenio y erudicion. No se pudo concluir hasta el año 1517, quince despues de haberse empezado, y pocos meses solamente ántes de la muerte del cardenal. Álvaro Gomez refiere haber oido muchas veces á Juan Brocar, hijo del impresor, que cuando se tiró el último pliego, siendo él niño, le pusieron sus padres el mejor de sus vestidos, y le enviaron con un ejemplar al cardenal, el cual, al recibirlo, elevó al cielo sus ojos y dió fervorosas gracias por haberle concedido ver el complemento de su gran obra; y que vuelto despues á sus amigos les dijo que, «de todos los actos de su gobierno, ninguno había, por árduo que fuera, por el cual debieran felicitarle más que por éste.»

No es este lugar oportuno, dado que yo fuera para ello autoridad competente, para discutir acerca del mérito de esta grande obra, cuya reputacion conocen todos los eruditos. Los críticos han disputado sobre la antigüedad de los manuscritos de que se hizo uso para la compilacion, como tambien sobre la exactitud y mérito de las correcciones; pero desgraciadamente, la destruccion de los manuscritos originales, que tuvo lugar de una manera que forma una de las anécdotas más extrañas en la historia literaria, hace imposible que la cuestion se decida de un modo satisfactorio.

Indudablemente podrán encontrarse en esta obra muchos defectos, propios de una época en que todavía no se había llegado á comprender bien la ciencia de la crítica, y en que los ma-

teriales reunidos debieron ser mucho más escasos, ó por lo ménos, más difíciles de obtener que en nuestros tiempos; pero á pesar de todo, la Biblia Polyglota de Cisneros tiene el mérito de ser el primer ensayo feliz de una version de su género de la Sagrada Escritura, y de haber facilitado, por lo tanto, áun con sus mismos defectos, la ejecucion de otras más perfectas de esta especie en tiempos posteriores. Y si se la contempla con relacion á la época y á los auspicios que á su ejecucion presidieron, no puede ménos de considerársela como uno de los más nobles monumentos de piedad, de saber y de munificencia, que hace á su autor digno del aprecio y gratitud de todo el mundo cristiano.

Tales fueron los gigantescos proyectos que entretuvieron los ocios de este ilustre prelado de Castilla, y que por extraordinarios que parezcan, no eran superiores á las fuerzas del que los imaginó, ni tampoco á lo que su época y su nacion reclamaban. No fueron como algunas obras que, producidas por un impulso transitorio, dejan de existir cuando perece el soplo que las creó: fueron, por el contrario, de aquellas otras que, sólidamente arraigadas, prosperan y toman nueva vida por el apoyo de la nacion, llegando á producir bellos y abundantes frutos para la posteridad. Esto sucedió especialmente en la universidad de Alcalá: muy pronto fué objeto de la beneficencia régia y de los particulares: su fundador la dejó al tiempo de su muerte una renta de catorce mil ducados, y á mediados del siglo XVII había ascendido ésta hasta la suma de cuarenta y dos mil, habiéndose multiplicado los colegios desde diez hasta treinta y cinco.

La creciente reputacion de esta nueva academia, que atraía á sus aulas estudiantes de todas partes de la Península, amenazaba eclipsar las glorias de la antigua universidad de Salamanca, lo cual produjo entre ambas celosas rivalidades; pero el campo del saber era bastante ancho para una y otra, y mucho más cuando la primera tenía por principal objeto los estudios preparatorios teológicos, con exclusion absoluta de la jurisprudencia civil, que formaba uno de los ramos principales de la en-



señanza que se daba en la segunda. En este concepto, su rivalidad, léjos de producir daño alguno, podia considerarse como saludable, porque estimulaba el ardor literario, que suele entibiarse muy pronto sin el aguijon de la competencia, y con efecto, las dos universidades hermanas continuaron dividiendo á la par entre sí el favor y la estimacion pública, y mientras duró la era feliz de las letras en Es-

paña, la academia de Cisneros, bajo la influencia de su admirable disciplina, conservó una reputacion en nada inferior á la de ninguna otra de la Península, y continuó enviando sus hijos á ocupar los más elevados puestos de la Iglesia y del Estado, y derramando la luz del genio y de la ciencia sobre aquella y las edades sucesivas.